



Comisión
Nacional de
Seguridad de
Tránsito

Ministerio de
Transportes y
Telecomunicaciones

Gobierno de Chile



♥ EN CASA APRENDO ♥

Seguridad Vial





ACTIVIDAD 3

Aprendamos de convivencia vial.





La nueva historia de La Liebre y La tortuga

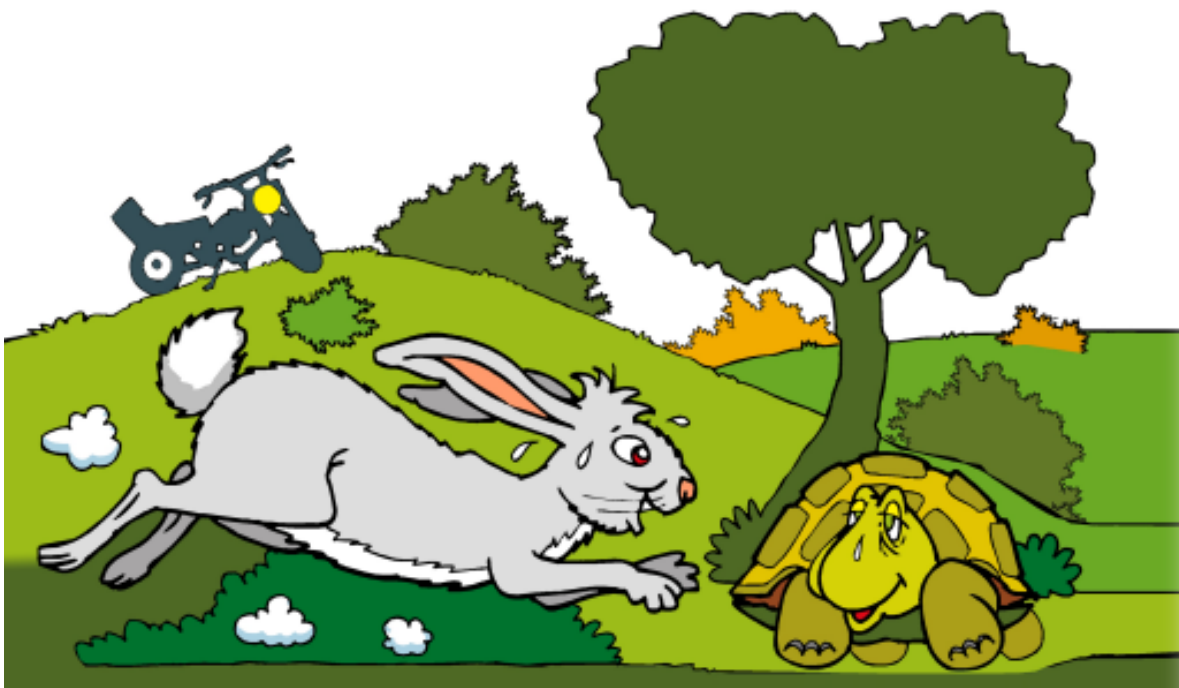
Adaptación: Sra. María Teresita Araya Olivares CONASET – 2001, para “Guía para el apoyo de aprendizajes de niños y niñas del Segundo Ciclo de Educación Parvularia”. CONASET- JUNJI

Ilustrador: Jorge Codelia Silva

En un hermoso lugar de campo, por donde pasaba un camino internacional muy transitado, vivía Doña Liebre, la que decía ser la liebre más veloz de todas. Para sentirse aún más veloz, se había comprado una gran moto, en la que corría a más de ciento cincuenta kilómetros por hora. Cuando transitaba por la carretera, asustaba a todos los animales y aves que vivían en ese lugar.

Los pobres animales, incluso los pájaros y otras aves, apenas sentían rugir el potente motor, huían asustados, dejando botados sus huevos, sus hijos, sus casas y sus nidos...¡todo! La liebre, que era tremendamente burlona, pasaba riéndose de todos, sin importarle nada ni nadie, ni siquiera los pequeños animalitos recién nacidos, ni los que apenas empezaban a ir a la escuela. ¡No tenía ningún respeto por la vida! Especialmente burlona se comportaba con Doña Tortuga, la más lenta del pueblo.

Doña Liebre y Doña Tortuga eran nietas de las antiguas vecinas, Señora Liebre y Señora Tortuga, dos ancianas que habían vivido muchos años antes en ese mismo lugar, y que los habitantes más viejos siempre recordaban por una carrera que la Señora Tortuga le ganó a la Señora Liebre, tan burlona como su nieta. Ello ocurrió porque la Señora Liebre se quedó dormida creyendo que la Señora Tortuga jamás llegaría a la meta; pero que finalmente ganó porque nunca se detuvo, y caminó pacientemente hasta llegar antes que la Señora Liebre despertara. A su vez, Doña Tortuga nieta se había comprado un autito, por supuesto, mucho más sencillo que la moto de Doña Liebre. Lo conducía siempre con poca velocidad, respetando todas las reglas del tránsito, porque ella había aprendido que el respeto y cuidado de la vida son cosas mucho más importantes que llegar primero o ganar una carrera. Como era tan prudente, jamás había atropellado a



nadie, como sí lo había hecho varias veces en sus locas carreras Doña Liebre.

Apenas supo la Señora Liebre que su rival, Doña Tortuga, tenía un autito, empezó a desafiarla para que echaran una carrera por la misma ruta internacional -que ahora estaba pavimentada donde habían corrido a pie sus abuelas. Muchas veces intentó Doña Liebre que la Señora Tortuga aceptara la carrera, y siempre Doña Tortuga se negaba. Entonces, la Señora Liebre le decía:

–¡Oye Tortuga! miedosa, apuesto a que te gano. No creas que se repetirá lo de tu abuela... ¡Me tienes miedo porque sabes que yo soy la más veloz! ¡já, no te atreves...miedosa! La tortuguita nada contestaba, hasta que los otros animales, cansados de tanta burla, le pidieron que aceptara el desafío:

–¡Atrévete, amiga Tortuga, nosotros te apoyaremos! –le dijeron- ¡Ya verás cómo le puedes ganar, igual como tu abuelita le ganó a su abuela!

Por fin, Doña Tortuga se decidió y llegó el día de la gran carrera. Doña Liebre partió velozmente en su poderosa moto, a mucha velocidad:

–A esta velocidad llegaré en pocos minutos – pensó– la tortuga jamás me alcanzará.

Al mismo tiempo, Doña Tortuga partió en su modesto autito, tratando de respetar las señales del tránsito que había en la carretera, y poniendo especial cuidado para no atropellar a nadie.

Más vale respetar la vida antes que ganar una tonta carrera –se dijo– y partió rápido, pero con mucho cuidado.

Al parecer, las liebres nunca entendieron que, para ganar, no se trata sólo de ser más rápidos, sino más perseverantes, y sobre todo, respetuosas de la vida y de las normas del tránsito; cosa que sí entendieron desde siempre, las humildes tortuguitas.

Cuando la liebre ya había avanzado más de la mitad del camino, habiendo sobrepasado la velocidad máxima señalada en todo el trayecto, atropellado a dos conejitos y tres gallinas con sus respectivos pollitos y pasado a llevar dos barandas de puentes y cinco arbolitos nuevos recién plantados, se encontró de frente con dos policías motorizados, quienes, como no estaban informados de la carrera, le dieron orden de detenerse:

–¡Alto! ¡Qué le pasa, Doña Liebre, que anda como loca atropellándolo todo! ¡Le vamos a tener que extender una citación al tribunal! Su licencia de conducir, por favor...

–¡Es que estoy compitiendo con la Señora Tortuga! – les dijo- ¡por favor, déjenme seguir o perderé la carrera!...

–¡Primero su licencia y también los documentos del vehículo! –respondieron los policías, muy enojados- ¡Nosotros estamos para proteger la vida de todos los habitantes y no tenemos nada que ver con su famosa carrera!

–Es que, como vine a competir, hoy no traje los documentos –mintió la liebre– porque la verdad es que nunca había sacado licencia para conducir. Además, jamás andaba con los documentos de la moto, ni siquiera sabía dónde los había dejado.

¡Era tan irresponsable la pobre liebre...!

–Entonces, va a tener que acompañarnos a la comisaría. Le vamos a dejar retenido el vehículo y usted quedará citada para ir al tribunal. Esto es muy serio, señora! Usted ha sobrepasado lo que ordena la Ley y lo que es peor, ha atropellado a personas indefensas. ¡Usted no respeta la vida, señora! ¡Tampoco se cuida a sí misma! ¡Usted está acostumbrada a atropellar a medio mundo y a andar a exceso de velocidad! Así es que, esta vez, no escapará a la sanción...

–En eso que los policías estaban cursando la infracción a la liebre, pasó la Señora Tortuga

en su modesto autito. Como iba a una velocidad moderada y con su cinturón de seguridad bien colocado, los policías la saludaron amablemente y la dejaron pasar. Ellos sabían, además, que tenía todos sus papeles al día, porque siempre que se los revisaban, ella los llevaba consigo.

La tortuguita siguió tranquilamente, atenta a todas las señales del camino, pendiente de cuidar a los peatones y de respetar a los conductores de otros vehículos. En cambio, la liebre, quedó fuera de la competencia y por supuesto, furiosa.

Así fue como la tortuguita llegó a la meta y ganó la carrera, igual como muchos años atrás, lo había hecho su abuela Tortuga, a pie. Mientras, la Señora Liebre tuvo que responder por sus imprudencias ante la Ley y resultó perdedora, al igual que su abuela Doña Liebre que, muchos años atrás se quedó dormida por confiar demasiado sólo en su velocidad.





Instrucción

A continuación sugerimos comentar libremente el contenido del cuento, destacando los valores positivos que el niño detecte.

Pídale lúdicamente algunas recomendaciones que le haría a la Liebre para mejorar sus actitudes (ser “mejor persona”).

También los invitamos a dramatizar el cuento usando algunos muñecos o peluches, para representarlo, creando escenografía con materiales simples de desecho.





**Comisión
Nacional de
Seguridad de
Tránsito**

Ministerio de
Transportes y
Telecomunicaciones

Gobierno de Chile